

Métodos de análisis literario

Cuaderno de prácticas

*

Tema 4
Críticas de orientación sociológica

Grado en Literaturas Comparadas
2º curso
Profesor Juan García Única

Texto I

Las estatuas de jaspe de Galileo

SALVIATI. En primer lugar, si las dos estrellas nuevas, que él no puede por menos que situar en las partes más altas del cielo, que duraron mucho tiempo y después desaparecieron, no le causan problemas para mantener la inalterabilidad de los cielos, por no estar seguros de que son partes de aquél o mutaciones producidas en estrellas antiguas, ¿por qué ponerse con tanto celo y afán en contra de los cometas, para arrojarlos a toda costa de las regiones celestes?, ¿no bastaba decir de éstos lo mismo que de las estrellas nuevas, es decir, que puesto que no eran indudable que fueran partes del cielo o mutaciones producidas en alguna de sus estrellas, no provocan ningún perjuicio ni al cielo ni a la doctrina de Aristóteles?
(...)

SAGREDO. No deja de asombrarme en gran manera, e incluso ofender a mi intelecto, oír que se atribuye como gran nobleza y perfección a los cuerpos naturales integrantes del universo ese ser impasible, inmutable, inalterable, etc., y por el contrario que se considera una gran imperfección el ser alterable, generable, mudable, etc. Por mi parte, considero a la Tierra nobilísima y admirable por tantas y tan diversas alteraciones, mutaciones, generaciones, etc., que se producen incesantemente en ella. Y si sin estar sujeta a cambio alguno fuese toda ella una vasta soledad de arena o una masa de jaspe o si, en el momento del diluvio, helándose las aguas que la cubrían se hubiera convertido en un inmenso globo de

.....
NOTAS:

cristal en el que nunca naciese ni se alterase o cambiase cosa alguna, yo la consideraría un corpachón inútil en un mundo lleno de ocio y, para decirlo brevemente, superfluo y como si no estuviese en la naturaleza y nos produciría la misma sensación de diferencia que la que existe entre un animal vivo y uno muerto. Y lo mismo digo de la Luna, de Júpiter y de todos los demás globos del mundo (...). Creo que los que exaltan tanto la incorruptibilidad, la inalterabilidad, etc., se limitan a decir estas cosas por el gran deseo de sobrevivir y por el gran temor que tienen a la muerte. Y no piensan que si los hombres fuesen inmortales, a ellos no les tocaría nacer. Merecerían encontrarse con una cabeza de Medusa que los transformase en estatuas de jaspe o de diamante para hacerlos más perfectos de lo que son.

Galileo Galilei, *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo, ptolemaico y copernicano* (Antonio Beltrán Marí, ed.), Madrid, Alianza, 2011, págs. 54-56.

NOTAS:

Texto II

La famosa escena del carruaje

Siguió caminando a lo largo del río por el camino de grava pavimentado de guijarros, y durante mucho tiempo, por el lado de Oyssel, más allá de las islas.

Pero de pronto echó a correr y atravesó sin parar Quatremares, Sotteville, la Grande Chaussée, la rye d'Elbeuf, e hizo sus tercera parada ante el Jardin des Plantes.

–¡Siga caminando!– exclamó la voz con más furia.

Y enseguida, reemprendiendo su carrera, pasó por Saint-Server, por el Quaid des Curandiers, por el Quai Aux Meules, otra vez por el puente, por la Place du Champ-de-Mars y detrás de los jardines del hospital, donde unos ancianos con levita negra se paseaban al sol a lo largo de una terraza toda verde de hiedra. Volvió a subir el bulevar Cauchoise, después todo el Mont-Riboudet hasta la cuesta de Deville.

Volvió atrás; y entonces, sin rumbo ni dirección, al azar, se puso a circular de un lado para otro. Lo vieron en Saint-Pol, en Lescure, en el monte Gargan, en la Rouge-Mare, y en la plaza del Gaillard-bois, Saint-Vivien, Saint-Maclou, Saint-Nicaise delante de la Aduana, en la Monumental. De vez en cuando, el cochero desde su pescante echaba unas miradas desesperadas a las tabernas. No comprendía qué furia de locomoción impulsaba a aquellos individuos a no querer pararse. A veces lo intentaba e inmediatamente oía detrás de él exclamaciones de

.....
NOTAS:

cólera. Entonces fustigaba con más fuerza a sus dos rocines bañados en sudor, pero sin fijarse en los baches, tropezando acá y allá, sin preocuparse de nada, desmoralizado y casi llorando de sed, de cansancio y de tristeza.

Y en el puerto, entre camiones y barricadas, y en las calles, en los guardacantones, la gente del pueblo se quedaba pasmada ante aquella cosa tan rara en provincias, un coche con las cortinillas echadas, y que reaparecía así continuamente, más cerrado que un sepulcro y bamboleándose como un navío.

En una de esas vueltas a mediodía, en pleno campo, en el momento que el sol pegaba más fuerte contra las viejas farolas plateadas, una mano desenguantada se deslizó bajo las cortinillas de tela amarilla y arrojó pedacitos de papel que se dispersaron al viento y fueron a caer más lejos, como mariposas blancas, en un campo de trébol rojo todo florido.

Después, hacia las seis, el coche se paró en una callejuela del barrio Beauvoisine y se apeó de él una mujer con el velo bajado que echó a andar sin volver la cabeza.

Gustave Flaubert, *Madame Bovary* (Germán Palacios, ed.), 10ª ed., Madrid, Cátedra, 2001, págs. 326-327.

NOTAS:

Texto III *Córam pópulo I*

Lo que pueda contaros
es todo lo que sé desde el dolor
y eso nunca se inventa.

Porque llegar aquí fue una larga sentina,
un extraño viaje,
una curva de sangre sobre el río,
mientras todo era un grito
y ya se perfilaba resuelto en latigazos
el crepúsculo.

Las historias se cuentan con los ojos del frío
y algún sabor a sal y paso a paso
–lengua y camino–
porque la sangre se nos va despacio,
sin borbotón apenas,
desmadejadamente por los labios.

Las historias se cuentan una vez y se pierden.

Javier Egca, *Tropo mare* (José Rienda, ed.), Granada, Dauro,
2000, pág. 79.

NOTAS:

Texto IV

Del prólogo a *Gargantúa*

Muy ilustres bebedores y vosotros, carísimos sifilíticos (pues a vosotros y no a otros, dedico mis escritos), Alcibíades, en el diálogo de Platón titulado *el Banquete*, alabando a su predecesor Sócrates (sin discusión príncipe de los filósofos), entre otros dichos, lo declara semejante a los silenos. Los silenos eran antaño unas cajitas, como las que vemos ahora en las tiendas de los boticarios, sobre las que se pintaban figuras divertidas y frívolas: arpías, sátiros, pajaritos embridados, liebres con cuernos, patas con albardas, chivos voladores, ciervos en varas y otras figuras semejantes, por gusto hechas al revés para incitar a las gentes a la risa, como hacía Sileno, maestro del buen Baco. Pero dentro se conservaban valiosísimas drogas, como bálsamo, ámbar gris, amomo, almizcle, algalia, pedrerías y otras cosas de gran valor. Con ellos comparaba Alcibíades a Sócrates, pues al ver su físico y juzgarlo según su aspecto exterior, no habríais dado por él una monda de cebolla, tan feo era su cuerpo y ridículo su porte: la nariz puntiaguda, la mirada bovina, el rostro de un lunático, llano en sus costumbres, rústico en su vestimenta, pobre en bienes, desafortunado con las mujeres, inepto para todos los oficios de la república, siempre riendo, siempre bebiendo con unos u otros, siempre de chanza, siempre disimulando su saber divino. Mas, en abriendo esta caja, hallaríais dentro una droga celestial e inapreciable: un entendimiento más que humano, una virtud prodigiosa, un valor invencible, una

.....
NOTAS:

sobriedad inigualable, una serenidad incontestable, una seguridad perfecta, una increíble desprendimiento de todo lo que hace a los hombres andar en vigilia, correr, trabajar, navegar y batallar.

François Rabelais, *Gargantúa* (Alicia Yllera, ed.),
Madrid, Cátedra, 1999 págs. 55-56.

NOTAS:

Texto V

Paradiso I, vv. 100-142

Y ella, tras suspirar piadosamente,
me dirigió la vista con el gesto
que a un hijo enfermo dirige su madre,
y dijo: «Existe un orden entre todas
las cosas, y esto es causa de que sea
a Dios el universo semejante.

Aquí las nobles almas ven la huella
del eterno saber, y éste es la meta
a la cual esa norma se dispone.

Al orden que te he dicho tiende toda
naturaleza, de diversos modos,
de su principio más o menos cerca;
y a puertos diferentes se dirigen
por el gran mar del ser, y a cada una
les fue dado un instinto que las guía.

Éste conduce al fuego hacia la luna;
y mueve los mortales corazones;
y ata en una las partes de la tierra;
y no sólo a los seres que carecen

NOTAS:

de razón lanza flechas este arco,
también a aquellas que quieren y piensan.

La Providencia, que ha dispuesto todo,
con su luz pone en calma siempre al cielo,
en el cual gira aquel que va más raudo;

ahora hacia allí, como a un sitio ordenado,
nos lleva la virtud de aquella cuerda
que en feliz blanco su disparo clava.

Cierto es que, cual la forma no se pliega
a menudo a la idea del artista,
pues la materia es sorda a responderle,

así de este camino se separa
a veces la criatura, porque puede
torcer, así impulsada, hacia otra parte;

y cual fuego que cae desde una nube,
así el primer impulso, que desvían
falsos placeres, la abate por tierra.

Más no debe admirarte, si bien juzgo,
tu subida, que un río que bajara
de la cumbre del monte a la llanura.

Asombroso sería en ti, si a salvo
de impedimento, abajo te sentaras,

NOTAS:

como en el fuego el aquietarse en tierra.»

Volvió su rostro entonces hacia el cielo.

Dante Alighieri, *Divina comedia* (Giorgio Petrocchi y Luis Martínez de Merlo, eds.), 10ª ed., Madrid, Cátedra, 2006, págs. 522-523.

NOTAS: